

ciudad en donde se abrazaron en vida, imagina que, mientras tanto, sus almas se dan cita allí, y, entremezcladas con la cálida brisa del ocaso ecuatoriano, se pasean por entre las columnas y arrancan a los mármoles sonoridades de epopeya y de inmortalidad.

La separación de Panamá (1)

Estoy en la Avenida Central de Panamá. Día de verano abrazador, enormemente azul. Un hombrecillo dolicocéfalo, trajeado de azul oscuro en cuyo terno el tiempo ha dejado ultrajantes huellas y cuyo brazo derecho es una mala imitación del brazo humano, pasa cerca de mí...

Alguien me dice: "Es el general Huertas".

Rápidamente le doy alcance y deteniéndole mientras que le saludo le digo:

—General, ¿fuera usted tan amable de concederme un reportaje? Yo soy un periodista colombiano.

—Imposible, señor, el gobierno me lo tiene prohibido y si le desobedezco, puede hasta quitarme mi "pensioncita".

(Qué más reportaje, pienso, pero sin embargo insisto):

—No creo, general, que tal cosa llegue a suceder. ¿Acaso no es usted el libertador de Panamá?

—Sí, señor —dice modestamente el general—. Yo les entregué una república "independiente, libre, rica" y con ejército... y ahora, ya ve usted lo que es Panamá... ni aduanas tiene, porque los americanos lo controlan todo...

—Ah! general, le digo, interrumpiendo su melancólico silencio conmovedor, ¿me permite usted tomar un "kodack"?

—¿Por qué no?

Mis amigos Noguera Dávila y Pepe Torres se acercan. Les invito a quedar en el retrato con el general. Torres acepta, no así Noguera Dávila, que buen bogotano, sonríe y delicadamente rehuye la *distinción*.

Mientras preparo la cámara, el general me dice:

—Ya le daré yo un retrato grande, iluminado, en el que estoy con el uniforme de gran mariscal.

(1) En el año de 1929, don Eduardo de Heredia celebró en Panamá la entrevista que hoy ofrecemos a nuestros lectores. Aunque publicada en algún periódico panameño, ha permanecido inédita en Colombia.—N. de la R.

—¿Cómo así, de gran mariscal?

—Sí, es lo único que hace ahora por mí el gobierno de Panamá. Cada año, para las fiestas del 3 de noviembre, me encarga un uniforme... En este año estrenaré uno precioso: es una combinación de almirante inglés y general japonés.

—En verdad, que debe ser precioso —le respondo sin asomo de ironía.

El General se va animando poco a poco y me dice:

—Mi uniforme es la única manifestación de ejército que nos han dejado los americanos. Usted sabe que el ejército lo acabaron, para poder acabar con el general Huertas... Ingratos.

Cinco minutos de posse fotográfica. El general, cuya estatura no sobrepasa, ni siquiera iguala la de nuestro general Luján, intenta, aunque vanamente, una apostura marcial.

Terminados los retratos, invito al general a tomar un helado. Hoy el general es seco. Todos nos dirigimos a la heladería. Frente del "Ice Cream Soda", lo abordo resueltamente, porque el hielo se ha fundido y el general me ha ido tomando confianza, hasta tal punto, que de repente me suelta esta pregunta que le sale del fondo de su alma inadvertidamente:

—¿Quién será *nuestro* presidente?

Este *nuestro* presidente, en el hombre que entregó a Panamá, en el "Libertador", como modestamente se denomina el indiecito de Umbita, dicho después de 26 años, es la más auténtica y conmovida síntesis del alma infeliz de Huertas.

—Valencia — le respondemos.

—¿Y entonces el general Vásquez Cobo no es el candidato de los Arzobispos?

—Sí, pero a Valencia lo escogió la mayoría conservadora del Congreso, según dice un cable de hoy, y ustedes los conservadores son muy disciplinados para hacer un cisma.

—Es cierto, así somos nosotros.

Hay un silencio.

—Cuénteme, general, cómo fue eso del 3 de noviembre...

—Yo no quería, verá usted; a mí me habían hablado varias veces el doctor Amador y otros, pero yo no había aceptado. El día primero de noviembre, lo recuerdo muy bien, en el Gran Central Hotel, en una conferencia me dijo el doctor Amador que si yo no entraba la separación sería imposible; que Obaldía, Arosemena y todos estaban de acuerdo, pero que sin mi concurso todo era inútil. Esto sucedía el día 2, cuando ya teníamos noticia de la próxima llegada del ejército colombiano a órdenes de los generales Tovar y Amaya. Yo le contesté al doctor Amador con

estas palabras, que le juro a usted que eran verdad: "Déjenmelo pensar un poco, yo los acompaño pero no todavía". El doctor Amador me contestó entonces: —¿Quiere usted que hagamos el movimiento el 28 de noviembre? —Hagámoslo, le dije, y me retiré. Aquella noche no pude dormir. Tenía poca fe en la lealtad de mis oficiales; sabía, sin confirmación, que algunos de ellos habían sido tentados con ofertas en dinero. Tenía la sensación de que el oro americano estaba jugando su papel. A las 6 y 30 del día 3 recibí un telegrama de Colón que decía lo siguiente: "General Huertas. Panamá. Anuncio crucero 'Cartagena' en bahía. Ahora mismo desembarcan general Tovar y ayudantes. Vapor trae 500 hombres. El comandante de la guarnición, Achurra". Comprendí que el general Tovar y la tropa llegarían en el tren de las doce y me apresuré a dar las órdenes del caso para tributarles los honores de ordenanza. Fue en mi calidad de jefe militar de la plaza, puesto que ocupaba hacía tres meses, desde que el general José Vásquez Cobo lo había dejado en julio último, mediante 25.000 pesos que exigió para retirarse y que por orden del gobernador de ese entonces, doctor Mutis Durán y del Secretario Arjona, con mediación mía, se sacaron de la administración de hacienda y se entregaron personalmente por mí, a los coroneles Carlos Fajardo y Marco A. Ramírez, comisionados del general Vásquez Cobo, quien alegó que dicha suma era para pasaportarse él y pasaportar a sus ayudantes.

—Como era mi deber —continúa Huertas— recibir al generalísimo y los demás generales, con todo el personal militar de la guarnición, ordené izar una bandera en el fortín de la muralla del cuartel que era nuestro semáforo con la flotilla, indicando de esta manera que desembarcaran las guarniciones. No he sabido nunca la causa por qué no se cumplió aquella orden sino por el teniente Epifanio Torres, de la guarnición del "Padilla". El general Barón, comprometido ya en el movimiento y jefe de aquel buque, no quiso obedecerla. Es el caso de pensar ahora, que si la guarnición leal del "Bogotá" cumple mi orden y salta a tierra y rodea al general Tovar, el movimiento habría fracasado. A las diez de la mañana recibí orden del general Francisco de Paula Castro, en su calidad de jefe de estado mayor, para salir a recibir y reconocer al generalísimo Tovar, cosa que efectivamente hice. En la estación les rendí los honores del caso y les hice reconocer. El general Tovar me dijo que quería ir inmediatamente a la gobernación. El batallón "Colombia" lo acompañó marcialmente rindiéndole honores de generalísimo hasta allí. Comenzaba a llover y el general Tovar me dio la or-

den de regresar al cuartel con el batallón, orden que cumplí inmediatamente. Aproximadamente una hora después se presentaron en el cuartel el general Tovar, el gobernador Obaldía y los otros generales. Tovar pidió ver los parques y los examinó cuidadosamente, sin encontrar nada censurable. Después se retiraron todos. Pregunto yo, ¿por qué si Tovar, que era el jefe y Obaldía el gobernador y yo apenas un oficial subalterno, no se me destituyó en aquel momento si era verdad que ellos sabían que yo estaba comprometido en el movimiento de separación? Usted comprende que el general Tovar no me destituyó en aquel momento porque el doctor Obaldía, alma de la separación, no se lo permitió. Obaldía tenía el temor de que Tovar pudiera destituirme y precisamente por eso lo acompañó al cuartel, sin tener por qué hacerlo. Sin embargo, el general Tovar volvió al cuartel como unas tres horas después y pasó otra revista a la tropa. En aquella hora, sí estaba yo ya comprometido en el movimiento y hasta había exigido que se hiciera ese mismo día o prescindieramos de hacerlo, y, óigalo usted, yo tomé la determinación de entrar en el movimiento porque a mí se me hizo saber que el general Tovar me iba a fusilar.

—¿Quién se lo hizo saber?

—Un altísimo empleado del gobierno, que tenía por qué saberlo.

—¿Obaldía?, le preguntamos.

Huertas protesta débilmente y nos pide no insistamos en que dé su nombre.

—La noticia, comprenderá usted, me puso muy nervioso. El general Tovar quiso ver la flotilla y se dirigió a las bóvedas para observarla desde allí. Estaban anclados en la bahía el “Bogotá”, el “Padilla”, la “Boyacá” y el “Chucuito”. Recuerdo que cuando regresó el generalísimo al cuartel me invitó a tomar una copa de champaña. Poco después los generales se retiraron del cuartel para ir a la administración de hacienda. En su ausencia se presentó el doctor Amador Guerrero, que era médico del batallón, y en la sala de Banderas le preguntó al oficial de guardia por mí. No es verdad, como se ha dicho después, que yo hubiera conversado con el doctor Amador en aquellos momentos, pues cuando iba a hacerlo, alguien me informó que los generales regresaban. La suerte estaba ya decidida. Por un lado el oro americano obrando rápida y eficazmente, pues ya había varios oficiales comprometidos y por el otro mi vida en peligro. No vacilé y me aproveché de la circunstancia favorable de que los generales estaban todos sentados afuera, en las ban-

cas del cuartel, vestidos de particulares, para ordenarle al capitán recluta Marco Antonio Salazar, que era el único que no había asistido por la mañana al recibimiento de los generales y que por lo mismo, no los conocía, que pusiera presos a esos particulares que se encontraban sentados afuera, en las bancas. El capitán obedeció y acercándose a ellos les dijo: “Sigan ustedes presos, por orden de mi jefe”. Atrevido, dijo uno de ellos, ¿no sabes que tus jefes somos nosotros? Yo me acerqué y le grité a Salazar: Proceda, capitán, *de injusticia a injusticia!* Los generales me dijeron: “General Huertas, queremos hablarle”, pero yo les di la espalda y entré al cuartel a llamar por el teléfono al señor Fernando Arango, comandante de la policía, que me estaba esperando, para informarle que ya los generales iban presos y que no habían hecho resistencia ninguna. Además, le dije que dejara allá la escolta para custodiarlos. Hecho esto, llamé a todos los oficiales y les dije: “El que de ustedes no quiera acompañarme, póngase de pie”. Yo tenía mi revólver empuñado. Ninguno se movió. Di entonces la orden de que saliera el batallón armado y se desplegara en guerrillas por la plaza y murallas. Orden que se cumplió inmediatamente. Recuerdo que cuando el pueblo de Panamá, que venía en masa hacia el cuartel, vio el batallón desplegado, se desconcertó completamente, tal vez por carecer de jefes inmediatos y emprendió precipitada y veloz fuga. Comprendí el motivo y ordené descansar las armas. Fue entonces cuando los jefes Domingo Díaz, Harmodio Arosemena y Pedro Díaz, que se encontraban parapetados en las paredes de la casa del señor Alzamora, al reconocerme me llamaron y yo les grité que trajeran al pueblo para armarlo, y al efecto les di órdenes a los capitanes Clodomiro Alfonso y Luis Gil, para que permitieran la entrada del pueblo al cuartel a fin de que se armara. Interin, se convino en que el coronel Antonio Valdés fuera a apresar al gobernador Obaldía, cosa que efectivamente ejecutó.

—¿Y Obaldía no presentó resistencia?

—Pero si él sabía que iba a ser detenido y lo estaba esperando. Se le dio una casa particular por cárcel, — dice socarronamente Huertas.

—¿Y la flotilla qué hacía?

—La flotilla estaba con nosotros, excepción hecha del “Bogotá” que nos metió un sustazo enorme. Calcule usted que el general Barón, ya comprometido, resolvió a última hora permanecer neutral. El “Bogotá” levó anclas y pasó por el costado de estribor del “Padilla” que estaba apagado, en el mismo momen-

to en que el pánico era mayor por causa de la muerte de un chino ocasionada por los disparos del "Bogotá". Afortunadamente, cuando la confusión era mayor, se supo y pudo verse que el "Bogotá" no tenía el propósito de combatir, sino de huir, puesto que los tiros que hizo fueron disparados con el cañón de popa, mientras se retiraba. Calcule usted nuestra situación si el "Bogotá" se resuelve a bombardear la ciudad en forma efectiva y evidente, con la circunstancia de que nuestra artillería era inferior y no tenía el alcance de los cañones del "Bogotá", no pudiendo, por lo tanto, hacerle ningún daño. Nos salvó la circunstancia de no estar a bordo ningún jefe y de que el capitán de guarnición, Martínez (se refiere Huertas al hoy general Jorge Martínez L.), no quiso comprometer batalla como me han dicho se lo insinuaron el mecánico Boada y otros. Esta circunstancia salvó la independencia. Era, por otra parte, de esperarse, si bien se considera que Martínez no tenía mando en el buque sino en la tropa. El "Bogotá", como le digo, pasó a estribor del "Padilla" y ninguno de los dos barcos se ofendieron, a pesar de que ya el "Bogotá" había disparado sobre la ciudad. Se creyó que el "Bogotá" hubiera hecho rumbo hacia Pescaderías para embarcar la gente que al mando del coronel Lucio Torres estaba en Penonomé y que no había entrado en el movimiento. Afortunadamente a los futigitivos no se les ocurrió ganarse a Torres, ni siquiera intentaron hacerlo. El "Bogotá" siguió directamente su derrota hacia Buenaventura.

—¿Y las tropas del general Tovar, qué hacían entretanto?

—Ellas estaban en Colón, tranquilamente, esperando órdenes. Desde el día tres por la mañana, el coronel J. B. Shaler, intendente del ferrocarril, había conferenciado con don José Agustín Arango, para impedir que el general Tovar viniera con su gente y entre Shaler y H. G. Prescott, uno de los directores de la compañía del ferrocarril, persuadieron al general Tovar de que dejara su gente en Colón a órdenes del coronel Torres. Desde luego que nosotros no estábamos tranquilos y que nos aprestábamos a hacerle frente al ataque que veíamos venir del coronel Torres, máxime cuando corrió la noticia, plenamente confirmada, de que el general Pompilio Gutiérrez, prestigioso jefe conservador, se encontraba en Colón y que el coronel Torres le había puesto la gente a sus órdenes, ofreciéndole el mando de las tropas. Afortunadamente Shaler nos informó que el general Gutiérrez no había aceptado y que prefirió seguir su viaje a meterse en la aventura de atacarnos. Probablemente influyó en el ánimo de este general la circunstancia de estar ya en la había

dos cruceros americanos y la conferencia telefónica que tuvimos con el coronel Torres, José Agustín Arango, Federico Boyd y Tomás Arias, y yo, en que los amenazamos que si no se reembarcaban aquella misma tarde, al día siguiente los atacaríamos nosotros. Es claro que esto era sólo una amenaza porque nos era materialmente imposible atacarlos.

—¿Y por qué, si ustedes eran los más y los mejor armados?

—Ni una cosa ni otra. Sin contar con que había todavía muchos elementos de jefes y oficiales que se habían dado de baja, pero que todavía permanecían en Panamá y a quienes se apresó por indicación mía, pues era de temer que ellos, por su contacto con las tropas, pudieran ser los organizadores de un contragolpe. Recuerdo al coronel Luis Carlos Morales, Pedro A. Cuadros, prefecto de Colón, Rafael Reyes Luna, Ramón Jaramillo, Alberto Ospina Sicard, Marco Alzate y otros cuyos nombres tengo en mi archivo. Todos ellos fueron embarcados junto con los generales en el ferrocarril, hasta Colón, el 7 de noviembre a las 2 y 45 de la tarde.

—¿Quiénes eran los siete generales? ¿Los recuerda?

—Naturalmente: cuatro Tovares, el generalísimo Juan B., José N., Luis A. y Angel María, el general Francisco de Paula Castro, Ramón G. Amaya y el general Joaquín Caicedo Albán.

Aquí, de sorpresa, le preguntamos a Huertas:

—¿A usted no le ha provocado volver a Colombia?

—Mucho, mucho, pero no puedo hacerlo —dice suspirando—; conczco a mis paisanos y ellos me matarían por más tratados que haya...

Estas últimas palabras nos las dice el general mientras caminamos hacia su casa, adonde nos va a obsequiar con su retrato de gran almirante. El general vive en una fonda humilde en la esquina de la plaza de Santa Ana. Al entrar al figón balbucea algunas palabras de excusas por vivir tan pobremente. "Pero, es que yo debiera ganar tanto como el Presidente, mil pesos, pero la ingratitud..."

Cuando Huertas abrió la oscura pieza, una legión de ratas emprendió precipitada fuga hacia las abiertas cuevas, el general dio un saltito y con una amarga sonrisa nos manifestó que esa campaña contra las ratas era la única campaña que hacía en la actualidad. Después sacó de un baúl el retrato que publicamos y nos lo alargó lleno de orgullo y satisfacción. Creemos que este pobre hombrecito, que ha cargado con el peso superior a sus escasas fuerzas de mutilado, de aparecer como el "libertador" de un pueblo que no derramó su sangre, y sí, en cambio,

se dejó bañar en oro, está creyendo firmemente que su nombre y su figura y sus acciones, y sus palabras, habrán de ser recordadas por la posteridad para parangonarlas con las de Bolívar, Sucre, San Martín, Santander...

Era ya casi la noche cuando abandonamos al general Huertas, el último parpadeo de un sol que se hundía en el inmenso océano, lo iluminaba, a esa escasa luz, vimos su rostro cetrino de indiecito... humilde, melancólico, profundamente triste, solo... horriblemente solo con su dolor, con su conciencia y con lo que él llama la ingratitud de sus libertados, sin otra alegría ni más esperanza que la llegada de ese flamante uniforme que será —una combinación de almirante inglés y general japonés— y que ya el gobierno de Panamá le encargó para que lo luzca en el paseo anual del 3 de noviembre, en el día trágico de su independencia.

Al alejarnos para siempre de ese infeliz, oímos su voz que nos decía:

—No deje de enviarme el reportaje, pues él será como mi testamento político, ya que he sido con usted profundamente sincero y veraz.

—Nó, le contestamos al subir al auto.

Era la noche cerrada.

Esto nos dijo Esteban Huertas (1).

EDUARDO DE HEREDIA.

(1) Levantado el anterior reportaje, hemos sabido por varios viajeros recientemente llegados de Panamá, que el pasado 3 de noviembre no pudo verificarse el acostumbrado paseo patriótico que en traje de parada hace el «general» Huertas todos los años, porque el «general», según unos, los más pocos, fue víctima del robo de sus condecoraciones. Pero parece que la verdad es que el «libertador» panameño en una escasez acudió a la casa de empeños, donde están sus valiosas medallas en espera de un aficionado que las remate para exhibirlas de seguro como una curiosidad histórica. Sería el caso de compadecer al «libertador» si no fuera porque él ni compasión merece..... N. de la R.

